



Elementario club

Dichosos parásitos

En un concurrido restaurante, mientras esperaba lo que había ordenado, pude ver en el televisor del bar una escena (sin duda de telenovela), en la que un señor calvo de 50 años totalmente encolerizado le decía, o más bien gritaba a un muchacho de unos 18 ó 20 que era "un parásito, un verdadero parásito".

¿Por qué? bueno, porque el muchacho tenía la impúdica costumbre de escribir poemas y no hacer nada más.

Acto seguido le arrebató unos papeles y los rompió en mil pedazos. Por la cara que puso el pobre muchacho, es de suponer que no tenía copias de los infortunados poemas.

Me trajeron la comida y, entre sorbos de vino y carnes copiosas, no pude evitar una sonrisa al pensar que "The parasite" (el parásito) se llamada un libro que, hasta cierto punto, puede ser considerado como una reivindicación de la poesía, en ámbitos donde es desdeñada o al menos minimizada.

Michel Serres, su autor, aquel francés de agen, oficial de la Marina Nacional de su país y doctor en Filosofía, profesor de las universidades de Clermont-Ferrand y Vincennes (donde enseñó con Michel Foucault), Sorbona y Stanford, autor de una obra tan importante para la filosofía de la ciencia, como por ejemplo los 5 volúmenes de su "Hermes", publicó ese libro, (The parasite) partiendo de la idea de que "parásito" también significa "ruido", para desarrollar una interesante teoría sobre comunicación.

Para Serres, que a lo largo de toda su obra filosófica se ha propuesto estudiar las relaciones e interrelaciones entre diversas formas de conocimiento, tenemos tres elementos dentro de un "sistema" de comunicación. El mensaje, un medio de transmisión y el ruido que como un parásito acompaña inevitablemente la transmisión, e interfiere (no del todo) el mensaje.

Ese ruido, precisa ser descifrado hasta cierto punto, pues con su interferencia la lectura del mensaje se dificulta; pero, para Serres, no hay mensaje sin ruido, no hay mensaje sin resistencia, porque no existe ningún sistema en el mundo que funcione a la perfección, "es decir, sin pérdidas, huidas, desgaste, errores, opacidad; un sistema cuya rentabilidad sea del uno por uno".

Así, el ruido también "es" el sistema, con esa su presencia de caos, de desorden, que parece contradecir el buen sentido, ya que teóricamente el ruido debe estar ausente de la comunicación, (como el desgaste, el error, la opacidad, etc. fuera del sistema).

Serres destaca la importancia de la poesía a ese nivel. Afirma que la poesía en cierto modo es el "ruido de la ciencia", es decir, ese elemento accidental no controlado que influye y se deja influir, interactúa de modo inseparable con los otros elementos del sistema. Sin poesía no habría ciencia y viceversa. Sólo si la ciencia dialoga con su alter ego poético puede avanzar y mantenerse viva.

Acaso, como hemos empezado a comprender, lo estrictamente teorizado, minuciosamente planeado y milimétricamente medido no sólo no funcionan "exactamente" así, sino que también se enfrentan (¿necesitan?) a la contingencia, a lo impredecible, casi milagroso, que en última instancia cuenta a la hora de los resultados obtenidos.

La poesía insufla ese aire turbulento a las superficies aleatorias donde reposan todas las ciencias. En un complejo y apasionante juego de entramados, poesía y ciencia se saludan, se encuentran, se reconocen, se necesitan.

En "Prehistorias del Androide", mi primer libro de poemas, cité un fragmento de Leopoldo Marchal que lo intuye y ejemplifica.

Sali del restaurante y me fui a casa a releerlo. Además, en ese lugar había mucho ruido

"... derramó entonces una lágrima electrónica: y me confirmé yo en la necesidad de escribir un poema..."

BENJAMIN CHAVEZ

Poema a los ojos de Kafka

Una torre ha perforado las pupilas de Franz Kafka. Aguja que sale de la oscuridad de abajo, lanzándose iracunda



contra la negra mirada del judío.

Pero él no está ciego. De su visión rota caen lágrimas. Una a una, levantan nuevas casas. Donde antes sólo existía la torre, la que lo atraviesa, se alzan las calles de una ciudad dormida. Es el líquido de los ojos de Kafka el que construye. Su mirada que en el vacío eleva las paredes.

Donde dormía el silencio, la pesarosía inexistencia, el albañil, Kafka, ha edificado la ciudad. Y de sus labios viene el nombre de Praga.

Ahora hay cientos de torres y los ojos de Franz, sus pupilas, se agrandan inmensos hasta hacerse noche.

CLAUDIO FERRUFINO COQUEUGNIOT

CIELO ROJO, PALMERAS ENANAS

Después de trece años de casados, un lunes 12 de abril el hombre descubrió que su esposa tenía un hueco profundísimo en el abdomen, inmediatamente encima del ombligo. Estuvo mirando hacia el fondo, pero no alcanzó a divisar final alguno. Ella jamás había notado el agujero, él aseguró no haberlo visto nunca antes. El miércoles el hombre lanzó una sonda de nueve metros que no tocó fondo. Después de muchas adiciones, la sonda alcanzó una profundidad de 47 metros sin tocar fondo. El viernes, después de conseguir una escala, se alcanzó a explorar el agujero. Al tiempo que se adentraba en el cuerpo de la mujer aumentaba el calor. Primero una temperatura cálida, agradable, después una asfixia de 50 C, un aire que no llegaba. El hombre desistió a la profundidad de diecinueve metros. "Qué profunda eres", dijo a la esposa que no cesaba de preguntar, curiosísima.

El día diecisiete el hombre bajó provisto de oxígeno en aqualong. A los cincuenta metros comenzó a iluminarlo todo una luz muy brillante, como de una fuente poderosa y oculta. Ante su vista no aparecía límites: ni a la derecha, ni a la izquierda, ni al frente, ni a sus espaldas, ni aún hacia abajo, todo infinito. Un cosmos multigaláctico parecía esconderse dentro del vientre escueto de la esposa. A los sesenta y dos metros la escala se rompió. El hombre estuvo descendiendo a gran velocidad, una caída libre de más de cinco mil pies. No supo cómo quedó con vida. Quizá lo habían protegido las entrañas acolchadas de la mujer. Llegó a un fondo arenoso, de temperatura agradable en cielo todo rojo y palmeras enanas. Ocho meses después llegó otro hombre y riñeron. Tuvo que matarlo. Para vivir en las entrañas de la mujer, sólo él. No iba a tolerar la traición. Quería ser feliz.

RAFAEL DE AGUILA BORGES (La Habana - 1962). Ha escrito poemas y cuentos, con los que obtuvo varios premios y menciones en su país. "Ultimo viaje con Adriana" (cuentos - 1997), es su primer libro publicado.



el chirongo

SUPLEMENTO DE LA CULTURA ORUREÑA

DIRECTOR:
CONSEJO EDITOR:

Luis Urquieta Mollada
Alberto Guerra Gutiérrez
Edwin Guzmán Ortiz
Benjamín Chávez Camacho
Erasmus Zarzuela C.

COORDINACION: Julia Guadalupe García Ortega

Casilla 448. Telfs. 54855 - 76816

Zona Franca Oruro, con nuestra cultura